LA MODA ELEGANTE

AÑO XXIII.

PERIÓDICO DE LAS FAMILIAS,

NUM. 27.

QUE TIENE LA ALTA HONRA DE CONTAR COMO PRIMERA SUSCRITORA

A S. M. LA REINA (Q. D. G.)

CONTIENE LOS DIBUJOS MAS ELEGANTES DE LAS MODAS DE PARIS, MODELOS DE TRABAJOS A LA AGUJA, DE TAPICERIAS EN COLORES, CROCHETS, ETC.

Se publica un número todos los Domingos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En España, Canarias y Portugal.

EDICION ECONÓMICA.

Un año 95 reales.—Seis meses 50 reales.—Tres meses 30 reales.

Precio de la edicion de lujo.

Un año 140 rs.—Seis meses 80 rs.—Tres meses 45 rs.

No se venden números sueltos.

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En las Américas Españolas.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 8 pesos fuertes. — Seis meses 5 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 12 ps. fs.—Seis meses 7 ps. fs.

EDITOR: **D. Abelardo de Cárlos.**

PRECIO DE LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA.

En los demás estados de América.

EDICION ECONÓMICA.

Por un año 10 pesos fuertes. — Seis meses 6 pesos fuertes.

Precio de la edicion de lujo.

Por un año 15 ps. fs. — Por seis meses 8 ps. fs.

No se venden números sueltos.

Sumario.—Peinado de novia.—Sombrillas.—Tocado napolitano. — Tocado con redecilla. — Aplicacion de encage para velillo.—Corpiño de muselina.—Id. de nansouk.—Id. Señora.—Grabado de modas.—Las novicias de Jerusalen.—El Fuerte de Ocharan. — El corredor de playa.—Biografía.—Problema de ajedrez. — Explicacion del figurin iluminado.

Peinado de novia.

EJECUCION DEL PEINADO. — Se ata el cabello en lo bajo de la cabeza; se le encrespa por abajo hasta la mitad de su largo, para formar la castaña. Cuando esta se ha sujetado, el resto del cabello, dividido en dos partes, se lleva arriba para formar las dos cocas pequeñas. Se reserva un mechon grande junto á la carrera del medio por cada lado de la frente, y se encrespan los cabellos de las sienes antes de echarlos graciosamente atras. Los dos mechones superiores se enlazan de modo que formen una especie de lazo, en el cual se colocan dos *reinas-margaritas* blancas puestas una contra otra (una vista por delante y la otra apareciendo por detras); estas dos flores sirven para sostener la diadema. El resto de cada mechon se lleva atras, formando dos ó tres anillos en los cuales se pone una margarita. Una larga rama de azahar se coloca sobre la castaña; otra igual se une á la diadema. El velo, cuyos pliegues se sujetan detras de esta, es de tul de seda y cubre el rostro.

El trage es de poult de seda blanco, muy ancho, y formando cola por detras, no lleva guarnicion; el corpiño es montante, de punta; las mangas, muy estrechas, se adornan con hombreras de rica pasamanería blanca; algunas flores de azahar se colocan debajo del rizado de tul que rodea el cuello.

PEINADO DE NOVIA

Sombrillas.

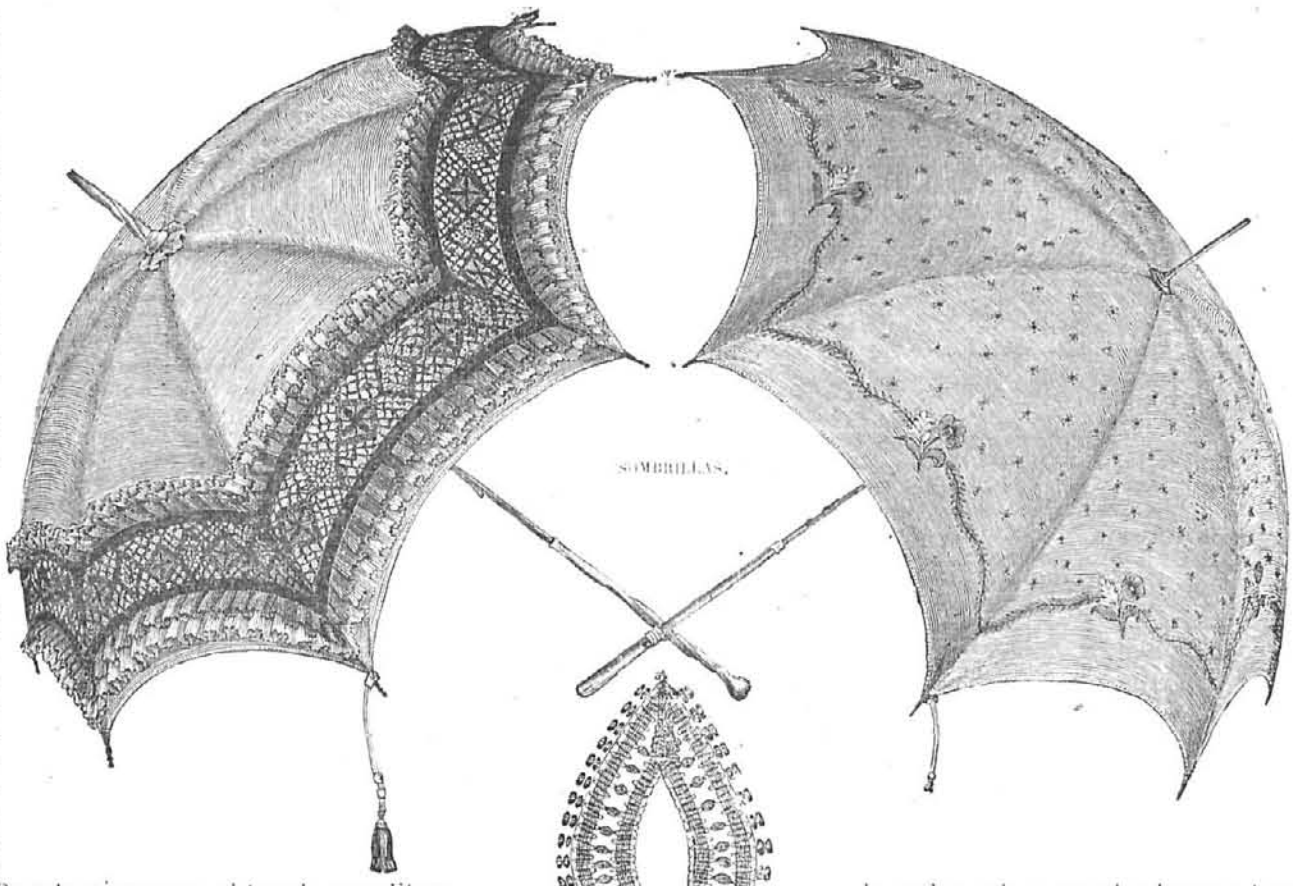
El dibujo n.º 1 se hace de poult de seda color Habana claro; la guarnicion se compone de un entredos de guipur que tenga 4 centímetros de ancho, cuyo dibujo, medallones, ó estrellas, ó rosáceas, se forra con pedazos de tafetan, alternativamente azules y verdes. Entre dos adornos forrados se deja uno sin forrar. A cada lado del entredos, que se coloca á 4 centímetros y medio del borde de la sombrilla, se ponen dos rizados de tafetan recortado; el de debajo (tafetan azul) tiene 3 centímetros de ancho; el de encima (tafetan verde) tiene la mitad de este ancho; sobre la costura de los rizados va una cinta de terciopelo que apenas tenga 1 centímetro. Esta guarnicion seria tambien muy bella para un trage de tafetan gris ó Habana claro.

El n.º 2 se hace de tafetan gris-lila, con adornos bordados al pasado. Publicamos el dibujo de este bordado, que debe ejecutarse en el bastidor; en nuestro modelo, la orla (colocada á 4 centímetros de distancia del borde) se hace con muchos colores de seda floja; la rama (punto de cordoncillo) es de color castaño; las aristas verdes. La adormidera se hace con 2 puntos del color punzó, al pasado.—Las hojas, con dos puntos del color verde; el tallo es pardo; la espiga colocada junto á la flor se hace con hebrillas de paja atravesadas con seda negra muy fina; las estrellitas del salpicado del fondo se ejecutan del mismo modo.—puede sustituirse sedá maiz á las hebrillas de paja.

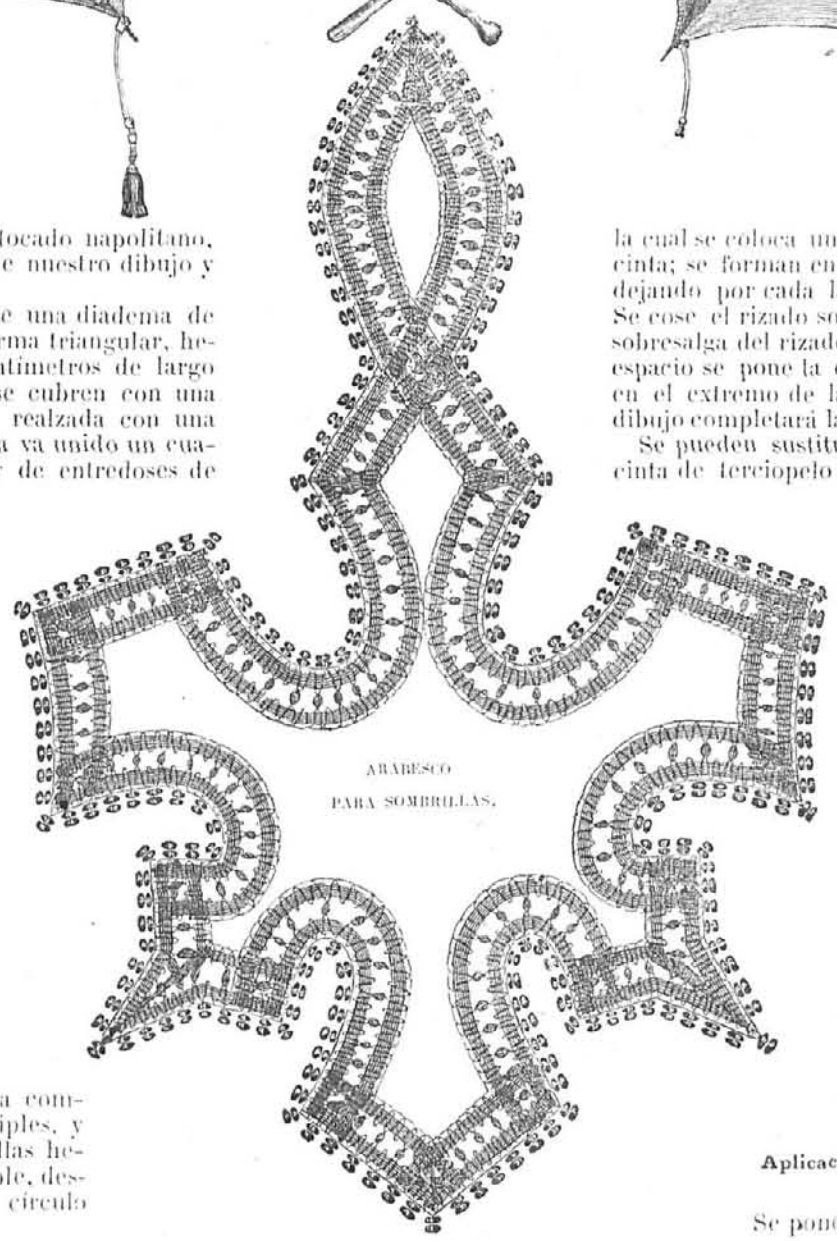
Publicamos además un arabesco que podrá repetirse en cada una de las ocho partes que componen la

© Biblioteca Nacional de España

sombrilla; se le coloca á 3 centímetros de distancia del borde. Este arabesco se ejecuta con entredos estrecho de encage negro, cosido plano, redoblado cuando el dibujo forma un ángulo agudo, y fruncido cuando forma una curva. La guarnicion que va de la parte de afuera del contorno se hace con cuentas negras cosidas dos á dos. Este arabesco puede tambien servir para trages ó sobretodos.



SOMBRILLAS.



ARABESCO
PARA SOMBRILLAS.

Tocado napolitano.

Entre la cólia, algo madura, y el puro peinado de solos los cabellos, algunas veces demasiado jóven, se colocan tocados intermedios, que convienen á aquellas señoras que han llegado á aquella época de la vida designada por la frase de *cierta edad*. De este número es el tocado napolitano, el cual es fácil de ejecutar con la ayuda de nuestro dibujo y de nuestras explicaciones.

Este tocado se compone primeramente de una diadema de cocas de cinta, colocada sobre un ala de forma triangular, hecha de tul negro fuerte, y que tenga 25 centímetros de largo y 6 de ancho en su medio; estas cocas se cubren con una blonda blanca de 2 centímetros de ancho, realzada con una tira de tul de 3 centímetros. A esta diadema va unido un cuadrilongo, compuesto de trozos de cinta y de entredoses de entredoses de blonda. Para ejecutar esta especie de velo, se toman cuatro pedazos de tul negro fuerte de 2 centímetros de ancho. Cada pedazo de estos debe ser doble: los dos mas largos tienen 27 centímetros, el superior 16 y el inferior 14. Con estos pedazos se forma un cuadro, que se ribetea con cinta de tafetan. El interior de este cuadro se rellena con dos pedazos de cinta puestos á todo el ancho, y orlados por cada lado por entredoses, orlados estos tambien á su vez por blonda estrecha puesta plana; una blonda semejante rodea al velo. Dos pedazos de cinta, cosidos á la diadema, se dirigen hácia atrás, y se amudan ligeramente al lado.

Tocado con redecilla.

MATERIALES.—2 metros y 20 centímetros de cinta de tafetan rosa, que tenga 5 centímetros de ancho; 4 gruesos de seda de coser muy fina, negra, color castaño, ó de otro adecuado al rubio de los cabellos; cordon elástico; cuentas negras de diferentes gruesos; tul fuerte, etc.

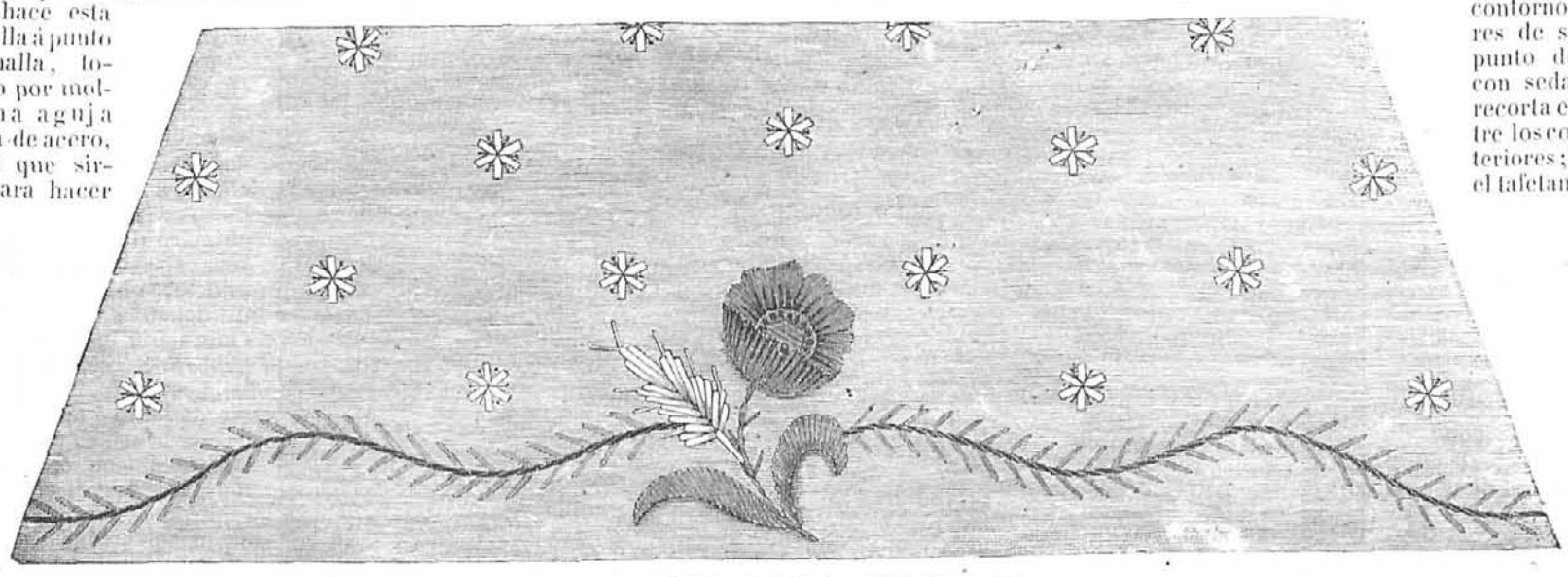
Este tocado forma una especie de corona compuesta de un rizado de cinta á pliegues triples, y que se adorna por delante con siete florecillas hechas de cuentas negras. Una redecilla invisible, destinada á contener la castaña, va sujeta al círculo sobre el que descansa el tocado.

Se hace esta redecilla á punto de malla, tomando por molde una aguja gruesa de acero, de las que sirven para hacer punto, que se podrá envolver con una hebra de hilo que tenga menos de un centímetro de largo.—Se arman con la seda que se ha indicado (conforme al color del cabello) 34 mallas, sobre las cuales se hacen 33 vueltas, conservando el mismo número de aquellas. Se hacen al rededor de este cuadro 48 vueltas. Cada una de estas vueltas es sin interrupcion; por la última se pasa una cinta elástica de 34 centímetros de largo. Se prepara una tira doble de tul fuerte de 20 centímetros de largo, que se cubre con cinta. Entre los dos bordes de esta se cose una parte de la redecilla, puesta plana. En cada extremo de esta tira se pega otra doble de tul fuerte, que tenga 52 centímetros de largo, en la cual se coloca un alambre; se toman los dos metros de cinta; se forman en la parte media de ella pliegues triples, dejando por cada lado 57 centímetros de cinta sin plegar. Se cose el rizado sobre la tira de tul, de modo que la tira sobresalga del rizado 7 centímetros por cada lado. En este espacio se pone la cinta de plano y se la fija por un pliegue en el extremo de la tira de tul. La simple inspeccion del dibujo completará la explicacion.

Se pueden sustituir á las flores de cuentas *cometillos* de cinta de terciopelo negro *cero*. Si se quieren ejecutar estas flores, se tomará un pedazo de alambre muy fino, que tenga 44 centímetros de largo, en el cual se ensartarán cuentecitas negras en número suficiente para cubrir un espacio de 36 centímetros, dejando por cada extremo un pedazo de alambre igual en largo al pedazo opuesto. Con estas cuentas se forman 18 buclecillos un poco redoblados unos sobre otros, formando un círculo. Por los lados inferiores de los buclecillos se pasa un alambre, y se tuercen juntos los cuatro cabos. El círculo inferior se forma del mismo modo, pero es una mitad menos de largo, y se compone de 9 buclecillos, hechos con cuentas de azabache cuyo grueso se indica en el dibujo. Solo falta reunir los dos círculos; se ensarta una cuenta muy gruesa en alambre, se la coloca en el medio del último círculo, se dirigen los cabos del alambre á través de los dos círculos, y se los reune á los anteriores cabos, rodeándolos con seda negra.

Aplicacion de encage para sombrilla y guarnicion de trage.

Se pone el encage sobre el tafetan, se fijan los contornos superiores de su dibujo á punto de cadeneta con seda negra; se recorta el encage entre los contornos exteriores; se adorna el tafetan con un sal-



DIBUJO DEL BORDADO PARA LA SOMBRILLA SEGUNDA.

© Biblioteca Nacional de España

picado que se ejecuta con cuentecitas negras, que se suprimen si la aplicacion se hace sobre sesgos de tafetan que hayan de guarnecer un trage.

Velillo con uña de velillo.

El velillo se hace de tul de dibujos, y por el lado que está en línea recta se le guarnece con una puntilla, en los otros tres lleva un encage negro estrecho, puesto plano; debajo de este encage se cose un fleco estrecho de felpilla, cada uno de cuyos cabos termina en una cuenta negra. El largo de este velillo es de 31 centímetros; su alto, por el medio, de 33. Desde aquí disminuye gradualmente, de modo que cada lado transversal tenga 22 centímetros de altura.

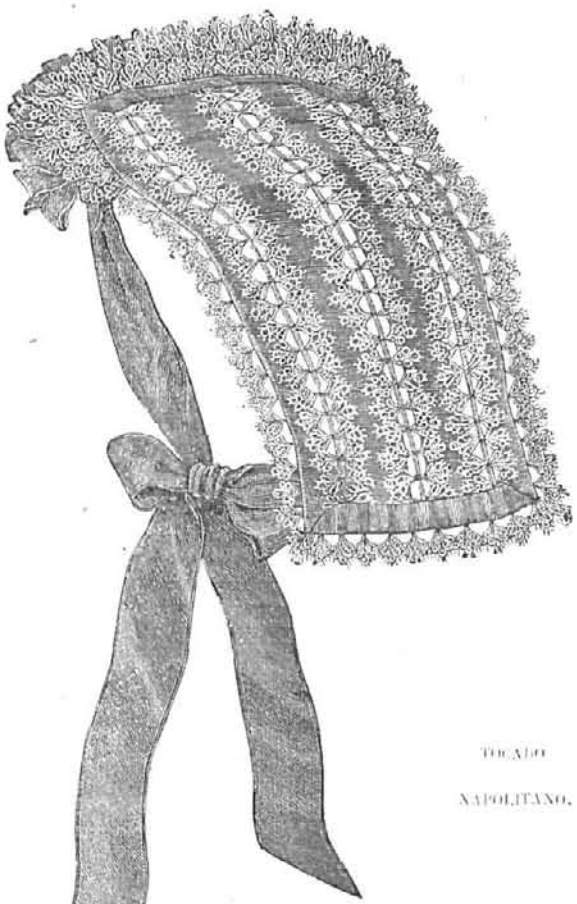
Se le sujeta al sombrero con la *uña de velillo*, nueva y muy cómoda invencion. Consiste en un cordon elástico provisto en su centro y en cada extremo de un corchete; los de los extremos se unen uno con otro detrás del sombrero; el del medio se fija sobre el sombrero mismo.

Corpiño de muselina.

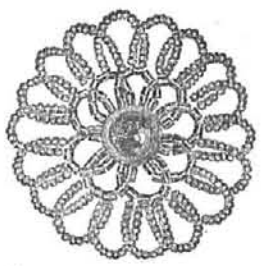
Se le hace de muselina blanca con presillas bordadas y rodeadas por un rizado estrecho. Los ojales se bordan, así como la pretina, los puños y las presillas de las mangas; podria suprimirse el bordado si el corpiño se hiciera de muselina estampada, y entonces las partes arriba dichas se guarnecerian con un rizado estrecho, de la misma tela que la del trage.

Corpiño de nansouk blanco.

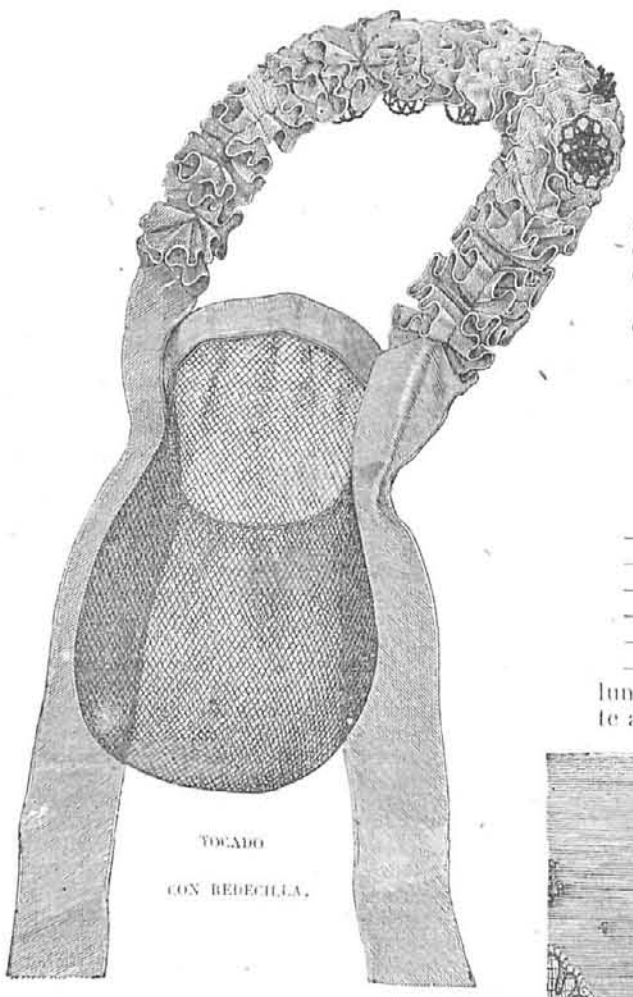
Los delanteros se componen de 5 pliegues, de un bullon plano, rodeado por dos tiras estrechas ligeramente sostenidas, de un ancho dobladillo con



TOCADO NAPOLITANO.



FLORES DE CUENTAS PARA EL TOCADO CON REDECILLA.



TOCADO CON REDECILLA.

ojales, guarnecidos del mismo modo. Debajo de la pretina se encuentran unas pequeñas faldetas, destinadas á cubrir la separacion del corpiño y de la enagua.

Corpiño Señora.

Se puede hacer de muselina blanca; para acompañar todos los trages, ó bien de muselina estampada ó yaconás: en el primer caso los entredoses serán bordados; en el segundo se sustituirán aquellos con tiras de yaconás orladas por un vivo para ligarlas á los bullones intermedios, que, con los entredoses, forman una especie de chaleco sobre el cual se fija la chaqueta, de modo que el corpiño de debajo no está separado, y no se compone mas que de la parte aparente.

Si se hace este corpiño de muselina estampada ó de yaconás se suprimirá el cuello.

LA NOVICIA DE JERUSALEN.

(Continuacion.)

—¿Eso es lo que han dicho?

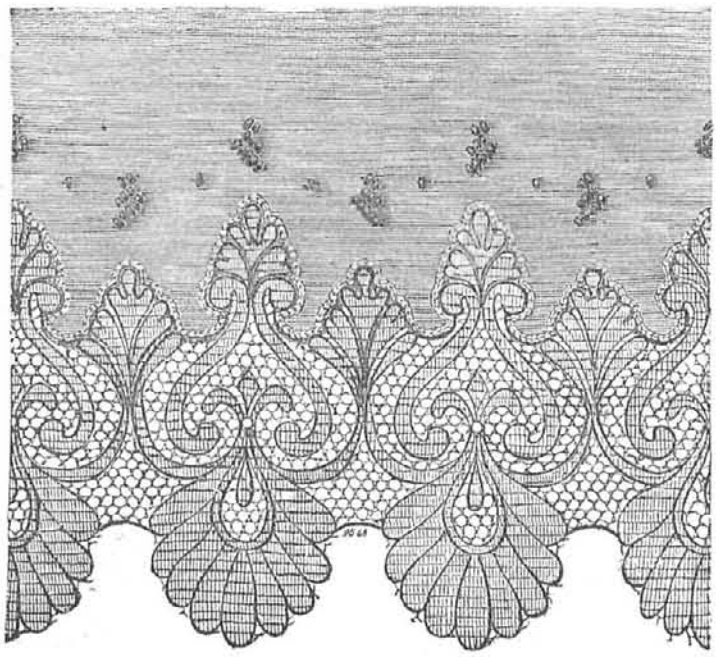
—¡Sí, es cierto!

—¿Quién lo ha dicho?

—Todos.

—¿E Ibrahin?

—Ibrahin ha dicho que nunca permanecerias voluntariamente lejos de él, y que si querian obligarte á ello, prenderia fuego al convento.



APLICACION DE ENCAGE PARA SOMBRILLA.

—¡Ah, qué propias de él son esas palabras! exclamó la jóven lanzando una mirada chispeante.

Luego repuso muy pensativa:

—Las religiosas á nadie obligan.

—¿Porqué no llevas ya en el ángulo de tus labios tu signo? (1)

—¿Se tiene acaso menos belleza cuando se carece de eso?

—No basta el ser hermosa: es preciso serlo como las de su raza. ¿Y los anillos de tus tobillos... no los oigo sonar?

—Hélos aquí.

—¿Dónde?

—En mi bolsillo.

—¿Ya no los llevas puestos?

—No!

—Mal hecho... ¿Y tu collar de perlas de Hebron?

Aissa entreabrió su *massarah* (2) y enseñó á su compañera un collar de cuentas de vidrio azules que daba dos vueltas en torno de su cuello y caia sobre su pecho.

—Ese sigues llevándole, ¿fué Ibrahin quien te lo dió?

—Sí.

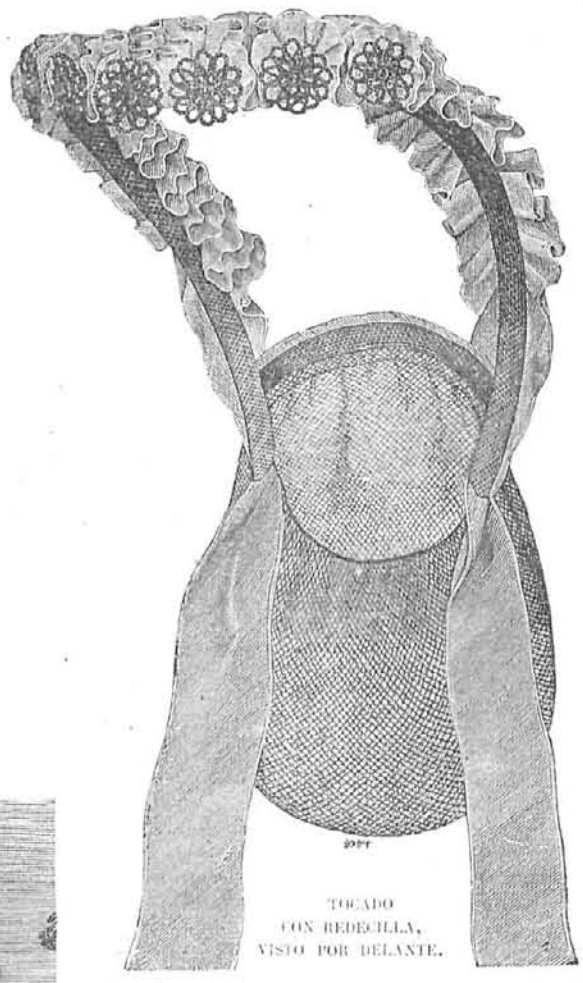
—¿Y nunca has dejado de llevarle?

Aissa no respondió. Se habia quitado el collar al entrar en el convento y se le habia vuelto á poner por primera vez en la mañana del mismo dia en que su amiga la interrogaba.

Las jóvenes habian llegado á las puertas de la poblacion, en donde dos ancianos sentados bajo un sicomoro de anchas hojas, conversaban acerca de diferentes cosas, como en los tiempos de Abraham y de Jacob.

—¡No vayamos por ahí, que me daria miedo! dijo Aissa al oir las lamentaciones de un coro de *lloronas* que acompañaban al entierro de un griego.

—Muy tímida te has vuelto, repuso Leila encogiéndose desdeñosamente de hombros.



TOCADO CON REDECILLA, VISTO POR DELANTE.

—¡Es que tengo el presentimiento de una desgracia! respondió Aissa.

Dieron un rodeo y entraron en Beit-Lehen por la *puerta de David*. En el terrado de una casa á la cual daba sombra una higuera enorme, habia cinco ó seis muchachas disfrutando del fresco de la noche.

—Es Aissa, dijo una de ellas.

Todas se precipitaron á su encuentro y la rodearon; en medio de tan amable comitiva fué como llegó á casa de su tio.

La puerta estaba entreabierta: la jóven la empujó y entró.

En el *selam* (3) habia dos hombres senta-

(1) Este signo es una especie de pintura azul muy apreciada entre los musulmanes de Palestina.
(2) Nombre del velo azul de las mujeres de Beit-Lehem.
(3) Pieza de recibo ó salon de la casa árabe.

© Biblioteca Nacional de España

dos; hablaban en voz baja y no hicieron caso de Aissa. Esta se acercó: uno de los dos hombres le tendió con ademán indiferente su tostada mano que la jóven se llevó respetuosamente á los labios. Aquel hombre era su tio: el otro era el cheikh Yacub.

Los dos hombres continuaron hablando muy bajo. Muy luego se levantó Yacub, y al salir lanzó una ojeada á la jóven, quien al verle se habia echado con viveza el velo hácia la cara para taparsela.

—*Ha de ser*, le dijo su tio al salir de la casa para acompañar á su amigo; lo he prometido... que el Profeta me oiga!

Aissa sintió que un estremecimiento de terror agitaba todo su cuerpo.

Su tio volvió á entrar en seguida.

—¿Sabes lo que he resuelto? le dijo.

—No lo sé.

—Eso es, finje ignorancia! todas son lo mismo! Yacub consiente en casarse contigo... es una gran felicidad...

—No para mí!

—Para todos nosotros! serás el precio de la paz.

—Y de la viña de Hebron! murmuró la jóven.

El tio hizo como que no comprendia la ironía amarga que encerraban aquellas palabras, pues nada contestó.

Aissa se retiró con su anciana esclava negra al harem que siempre posee la casa musulmana por muy pobre que sea; el anciano Emia, que así se llamaba el tio de Aissa, encendió de nuevo su *chibuck* (pipa) y se sentó silencioso sobre un monton de cogines en un rincon del desierto selam.

Aissa durmió poco aquella noche. La imágen de Ibrahim se apareció en sus sueños; tambien se reprodujeron mas de una vez en su mente los recuerdos del convento de Jerusalen; comparaba aquella bondad afectuosa, aquella gracia penetrante, aquellas atenciones de todos los momentos, aquellos cuidados asiduos con el frio egoismo de su tio. Habia sufrido lo bastante para reflexionar; comparaba y juzgaba.

En la mañana siguiente una de las matronas de la tribu fué á buscar á la amable niña y le dijo:

—Ya sabes, hija mia, que nuestra suerte está en tus manos.

Aissa la miró sin responder.

—No ignoras, repuso la anciana, que la segunda tregua expira dentro de tres dias: no han podido ponerse de acuerdo; la guerra va á comenzar de nuevo, y muy pronto hablará la pólvora.

—¿Qué puedo yo hacer?

—Seremos los mas débiles...

—¡Ay de mí!

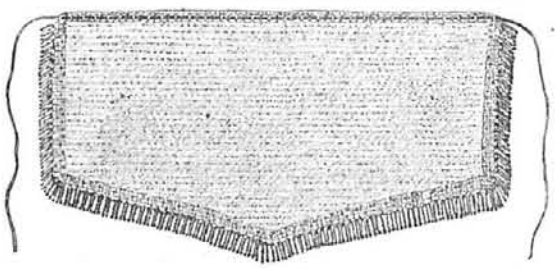
—No hay mas que un medio para desarmar á las gentes de Abu-Gosch: cásate con su jefe.

—Nunca!

—¡Cásate con él y todo se arregla! continuó diciendo la matrona, haciendo como que no habia oido la respuesta de Aissa; la paz queda estipulada; las madres te bendicen porque les restituyes sus hijos, las mujeres jóvenes te adoran porque les devuelves sus maridos.

—Sí! y yo pierdo el mio!

VELILLO CON UÑA DE VELILLO.



FORMA DEL VELILLO.
(TAMAÑO REDUCIDO).

—Si, por el contrario, te casas con Ibrahim, somos perdidos... tú y él tambien. Ya sabes cómo se hacen nuestras guerras; ya sabes que los Abu-Gosch han ido á buscar á una mujer hasta en la misma casa del cónsul de Francia (1).

—¡Cuán desgraciada soy! exclamó la pobre jóven dejándose caer sobre los almohadones.

(1) Este hecho ocurrió en el mes de setiembre de 1853.

Habia algo de verdad en lo que la matrona decia. El anciano Yacub era el hombre mas influyente de la tribu. Podia suspender ó precipitar la guerra. Se habia enamorado perdidamente de Aissa y nada descuidaba para reducir á la familia; sabia que Aissa amaba á Ibrahim, hijo del cheikh de otra tribu; devorábanle los celos, y las pasiones son terribles bajo el cielo abrasador del Asia. Vencido por el deseo, ablandado por la esperanza, hasta entonces no habia atacado á la tribu del Monte San Juan; pero despues del triunfo de su rival se mostraria terrible y sus enemigos podian temer los mayores horrores.

Aissa, que se habia quedado sola, reflexionaba profundamente, cuando oyó fuera el sonido de una voz infantil y alegre que decia:

—Abre, Aissa, soy yo... tu negra se ha marchado, lo sé; tengo que hablarte,.. soy yo!

—Quién eres? preguntó Aissa en medio de sus lágrimas.

—Eh!.. soy Kalaa.

—Kalaa, la hermana de Ibrahim!...

Aissa abrió la puerta y cogió en sus brazos á la niña.

Kalaa aun no tenia diez años: su casquetito encarnado, puesto en un lado de la cabeza, dejaba salir por debajo innumerables trenzas escuras como la noche, entretejidas con cequíes de oro y piastras de cobre; su boca tenia el húmedo brillo de una granada, y sus ojos chispeaban como dos diamantes negros.

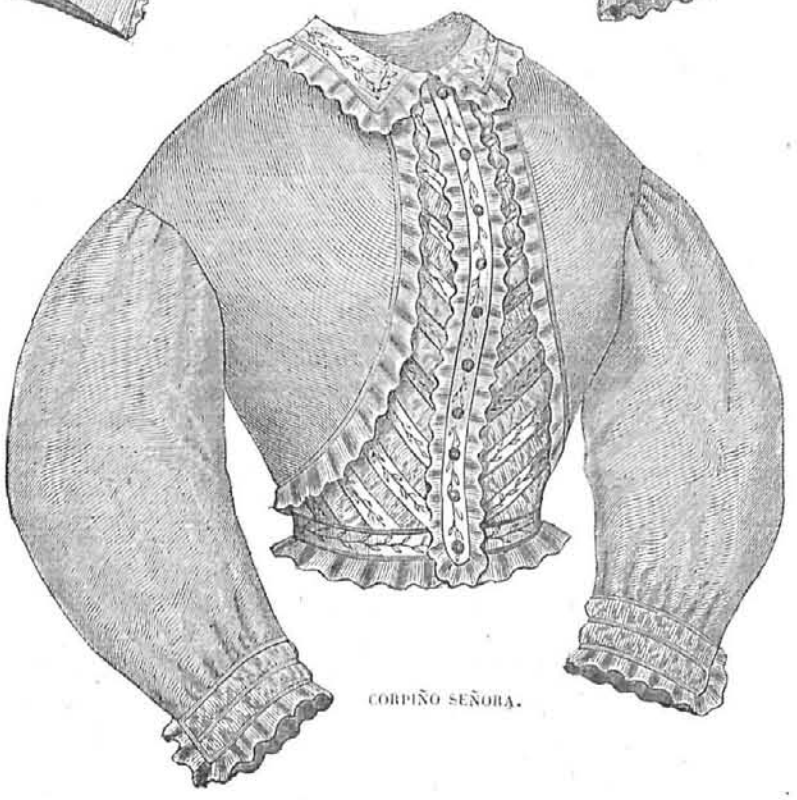
Se sentó sobre sus talones, puso una de sus manos en las de Aissa, y con la otra jugó con la larga cabellera de su amiga.

—Calle... has llorado! dijo de improviso mirándola con fijeza. ¿Porqué has llorado?

—¡Niña, llorar yo! ¿eso crees? ¿porqué he de llorar?... ¡te equivocas!

CORPIÑO DE MUSELINA.

CORPIÑO DE NANSOUK.



CORPIÑO SEÑORA.

—Si, has llorado... tus mejillas están mojadas todavía!

Y Kalaa se levantó, y con el dorso de su mano enjugó una lágrima que rodaba por el semblante de Aissa.

La jóven miraba á la niña sin atreverse á preguntarla por Ibrahim.

La mujer de Oriente nunca debe pronunciar el nombre de un hombre, y mucho menos el de hombre á quien ama.

Pero Kalaa le dijo en voz muy baja:

—Esta noche se hallará una persona en el sepulcro de Raquel...

Y salió andando de puntillas, lijera como un pájaro... «Pues hasta cuando el pájaro anda se vé que tiene alas.»

—Volver á verle!... pensaba Aissa, ¿y para qué? No puedo ser suya sin causar la ruina de los mios... No iré.

III.

El sepulcro de Raquel se halla situado sobre una eminencia del camino de Efrata. Un trozo de columna fúnebre sin

© Biblioteca Nacional de España

chapitel la indica al viajero.

Raquel es una de las bellas figuras de mujer que se encuentran en las grandiosas narraciones de la Biblia.— De su solo nombre se exhala un indefinible encanto lleno de dulzura.

Los ancianos de Irael tuvieron razon cuando escribieron sobre su sepulcro;

¡«Aquí yacen la belleza y la ternura.»

Aissa, no obstante su firme propósito, encontró que el dia transcurria con sobrada lentitud, y tan luego como llegó la noche se dirigió al *Campo de los Pastores*, que es el mismo en que, en la noche de Navidad, apareció el coro de ángeles entonando su cántico inmortal:

«Gloria á Dios en las alturas»

y fué á sentarse al pié del sepulcro. Se sujetó su *corghot* (1) de crin negro, se echó el velo hácia los ojos y aguardó.

De improviso se levantó, al ver á un ginete que se dirigia hácia ella por el camino del Monte San Juan. Cabalgaba sobre uno de esos corceles del desierto que llaman *bebedores del aire* y que devoran el espacio. Sus piés levantaban una nube de polvo; el *machlab* (2) del ginete flotaba en torno de su cintura, y la franja de su abigarrado *kouffiet* (2), rodeaba su cabeza cual un arco-iris movedizo.

Muy luego estuvo á unos diez pasos de la jóven. Al llegar allí detuvo bruscamente á su caballo, que dobló los corvejones; echó pié á tierra, ató las riendas á la mano izquierda del corcel, y se adelantó hácia la mujer velada.

Cuando estuvo á tres pasos de ella se llevó una mano á la frente, apoyó la otra sobre su corazon, é inclinándose gravemente murmuró con leve acento en el cual vibraba la emocion mas sincera:

—Aissa!

—Ibrahim! respondió la jóven, aun mas temblorosa.

—Por fin, estás aqui, Aissa!.. ¡Ah, cuánto recelé que no vinieses!

—¿Porqué no habia de venir?

(*Se continuará.*)

(1) Especie de antifaz de cerda que oculta completamente el rostro.
(2) Manto árabe.
(3) Velo flotante y de vivos colores que usa el ginete árabe.

EL FUERTE DE OCHARAN. (1)

El Fuerte de Ocharan no es ciertamente uno de aquellos hombres, cuya memoria honre tanto á un pais que este tenga vivísimo interés en conservarla; pero su nombre es tan popular en una gran parte de Vizcaya que esta popularidad basta para justificar el lugar que le doy en las páginas de este humilde libro.

Los que vivimos hácia mediados del siglo XIX vivimos en una época de transicion que impone deberes especiales á todos los que tenemos en la mano una pluma ó un lápiz: estos deberes consisten en sacar el trasunto del mundo que dejamos atrás para que los que vengan despues de nosotros no nos digan en son de justa censura: —Vosotros que conocisteis esa época y esos hombres *que en nada se parecen á la época y los hombres que* se sucedieron, ¿porqué no nos legásteis su retrato?

Paréceme que los que vivimos en esta época tenemos cierta semejanza con el que desciende de la cordillera de Archanda al valle del Ibaizabal para no volver nunca á subir á aquella cordillera. El valle del Azúa, que casi en nada se parece al del Ibaizabal, vá á desaparecer para siempre de su vista como desaparece de la nuestra el tiempo que nos ha precedido que casi en nada se parece al tiempo que le sucede. Justo es que antes de perder para siempre de vista aquel valle le diseñe en su cartera.

Yo casi puedo decir que he conocido al Fuerte de Ocharan: cuando vine al mundo, el Sanson encartado habia desaparecido ya de él; pero existia su casa tal como él la habitó; existian los árboles plantados por él; existian las tierras por él labradas; existia la azada que manejó su robusta mano; existia la barra que lanzaba su hercúleo brazo los dias festivos en el nocedal de Ocharan; existian sus hijos; existian sus amigos y admiradores, existia el recuerdo vivo y exacto de sus prodigiosos alardes de fuerza. Porqué, pues, no he de decir que he conocido al Fuerte de Ocharan?

(1) Este artículo es un capítulo inédito de la obra que con el título de CAPÍTULOS DE UN LIBRO vá á dar á luz su autor.

Nadie se ha tomado la molestia de trazar su retrato, y si yo que puedo hacerlo con fidelidad no lo hiciese, es muy posible que en los tiempos venideros el pobre Manuel de Haedo, que este era el nombre del Fuerte de Ocharan, en vez de aparecer á los ojos del vulgo en la noble fisonomía que Dios le dió, apareciese como un mónstruo destinado á poner espanto á sus compatriotas, á avergonzar á sus descendientes.

Esta última consideracion me recuerda que al escribir la biografía de Manuel de Haedo tambien trabajo *pro domo mea* pues mi familia está enlazada con la de Manuel de Haedo, cuyas prodijiosas fuerzas no dé Dios en herencia á mis hijos, porque al derrumbarse el templo de Dagon, Sanson quedó sepultado con los filisteos.

Caminando desde Avellaneda, la antigua cabeza foral de las Encartaciones, hácia Valmaseda, hay una aldeita del consejo de Zalla, que lleva el nombre de Ocharan, equivalente, segun Humiza, al de Endrinal-del-lobo. Las casas que ocupan el extremo occidental de aquella aldea son conocidas con el nombre de Rétola, cuyo orígen atribuye la tradicion popular á haberse *retado* y combatido allí fieramente en tiempos antiguos dos ejércitos compuestos, el uno de gentes de las merindades de Castilla mandadas por el señor de Bortedo y el otro por gentes de Vizcaya acaudilladas por su señor D. Lope Diaz el Bueno.

Allí, junto á la iglesia de Ocharan, nació en el primer tercio del siglo pasado Manuel de Haedo y allí se vé aun la humilde casa del Sanson encartado. Existe en nuestro país la memoria de otro Sanson mucho mas antiguo llamado D. Juan de Mariaca, á quien el vulgo ha convertido en una absurda caricatura por no haberse tomado el trabajo ninguno de sus contemporáneos ó sucesores afines de legar á la posteridad su verdadero retrato, como yo lego el del Fuerte de Ocharan. D. Juan de Mariaca fué un noble caballero de Amurrio, nacido y criado en el regalo de un palacio, y pasó la mayor parte de su vida en el vértigo y el estruendo de las batallas como la pasaban en su tiempo casi todos los caballeros. Ni en su nacimiento, ni en su crianza, ni en sus ocupaciones tuvo semejanza el Sanson de Zalla con el Sanson de Amurrio. Manuel de Haedo nació en la pobre casa del labrador vizcaino y en ella vivió, y murió y sus huesos descansan en aquella humilde iglesia de Ocharan confundidos con los de aquellos que subieron «mas arriba de sus layas.»

Layaba un dia en su heredad, en compañía de su mujer, un pobre labrador de Erandio, y un hermoso niño como de seis años venia de la caseria inmediata con un tizon encendido en la mano, en ocasion en que yo pasaba por la linde de la heredad y me detenia á saludar á los layadores.

—Vemos, que ya tiene V. quien le ayude, dije al labrador que tomaba el tizon de manos del niño y encen-

EXPLICACION DEL GRABADO DE MODAS.

Trage de gasa de seda verde.— La guarnicion se compone de tiras de tafetan negro, atravesadas de trecho en trecho por entredoses de encage negro, cuya red se recorta por cada lado, y que termina por una roseta de tafetan verde, orlada de tafetan negro. Los mismos entredoses, colocados de arriba abajo sobre el corpiño por delante y por detrás, figurarán una especie de coselete. Mangas estrechas guarnecidas con entredoses.

Trage de fulard del Japon gris claro.—Un volante encañonado se coloca en el borde del trage; sobre él vá una cinta de terciopelo negro, con dos guipures estrechos puestos planos. Esta misma guarnicion figura sobre la enagua tiras que se cruzan, una de las cuales sube por el lado izquierdo hasta el corpiño, adornado por delante con la misma guarnicion, que se repite en las mangas.

Niña de dos á tres años.—Trage de alpaca blanco, con túnica figurada por rulós azules, dispuestos en festones, que tambien se ven en el borde de la enagua y en la chaquetilla de faldetas. Otro ruló de tafetan azul vá puesto sobre el falso de la enagua.

© Biblioteca Nacional de España

dia su pipa, mientras su mujer arreglaba al niño la rubia cabellera con el natural deseo de que la hermosura de su hijo resaltase mas á mis ojos.

—Estoy seguro, me contestó, de que cuando este tenga doce años ha de voltear un terron mayor que él, colocado entre su madre y su padre.

—Será lástima que destine V á layar á ese niño tan hermoso.

—Señor, me replicó el labrador, el que sube á las layas bastante sube.

—Porqué?

—Porque se honra en la subida y no se desnuca en la caida.

Tan sensata me pareció esta respuesta que no me atreví á enmendarla.

Alguna vez, como mas adelante veremos, quiso Manuel de Haedo subir mas arriba de sus layas y á este arranque de ambicion debió la mayor desgracia de su vida.

Aun viven sugetos que le conocieron personalmente y segun me dicen estos sugetos, Manuel de Haedo era un hombre de elevada estatura, enjuto de carnes, de tez morena, de barba poblada, de cejas largas y espesas y de musculatura fuertísima.

Su carácter era naturalmente pacífico y grave.

Jamás se vió á Manuel emplear las fuerzas que Dios le habia dado, en perjuicio de sus semejantes á no ser que estos le obligasen á ello, y si se le vió muchas veces emplearlas generosamente en auxilio de los que lo necesitaban.

He dicho que su carácter era naturalmente grave y debi decir que era naturalmente triste. Manuel de Haedo gustaba del vino; pero rarísima vez bebia lo que bastaba para alegrarle. Es verdad que para alegrarle se necesitaba mucho vino segun confesion propia. Cuando estaba alegre, que era poquísimas veces, solia cantar esta copla que prueba cuán inferior era el vigor de su musa al vigor de sus músculos:

«Cuando contento se halla
Manuel de Haedo,
veinticinco cuartillos
tiene en el cuerpo.»

Ya desde niño empezó Manuel á hacer méritos para alcanzar el nombre de Fuerte que le ha sobrevivido. Encima de Rétola, hay una caseria que pertenece á Sopuerta y se denomina la casa de la Calzada, porque por delante de ella pasaba la Calzada que conducia de Valmaseda á Castro-Urdiales, hasta que por los años de 1828 se abrió la hermosa cantera que hoy facilita la comunicacion entre ambas villas. La casa de la Calzada era una venta en cuyo inmediato campo se reunian los sábados por la tarde las gentes que venian del mercado de Valmaseda. Una tarde pugnaban la ventera y su marido por subir al caballete un pellejo de ocho cántaros que acababa de dejar en el portal de la venta un arriero, y que contemplaban con delicia una porcion de personas para quienes se iba á estrenar. Unos cuantos chicos, entre los cuales se hallaba Manuel de Haedo, que á la sazon tendria doce años, ocupaban el primer término entre los mirones.

—Fuera de aquí, estorbos! dijo el ventero rechazando á los chicos.

Picóse Manuelillo del desden con que el ventero trataba á la gente menuda y avalanzándose de repente al pellejo, le enlazó con ámbos brazos y le plantó sobre el caballete en medio de la admiracion y el aplauso de venteros y parroquianos, que acordaron premiar al vencedor con el primer cuartillo que saliese del pellejo, cuartillo que Manuel aceptó y compartió con los demás chicos.

Seria tarea interminable la de referir todas las hazañas que se cuentan del Fuerte de Ocharan y me habré de limitar á referir solo un corto número de ellas.

Acababa de entrar Manuel en la adolescencia y ya le mandaban sus padres á acarrear vena á las ferrerías. Iba un dia á Mena guiando su pareja de bueyes que conducian, no doce ó catorce cargas de vena como conducen hoy las mejores parejas, sino seis cargas que era lo mas que conducian en aquellos tiempos en que no se herraba á los bueyes y los caminos eran fatales. Al llegar á Valmaseda, pisósele malo un buey y hubo de desuncirle y entregarle á los cuidados del alheitar; pero lejos de interrumpir su viaje por este contratiempo, se asió á la parte del yugo que correspondia al buey enfermo y ala, ala, entre él y el buey sano condujeron el carro de vena á la ferrería de Hungo que está dos leguas mas arriba de Valmaseda.

En una colina que señorea la llanura del consejo de Sopuerta, se ven aun las ruinas de una iglesia con el nombre de monasterio de San Martin que existia ya en el siglo XII. A mediados del siglo pasado se derribó aquel antiquísimo templo y se erijió con sus materiales, sus imágenes y sus campanas el que con la misma advocacion de San Martin vemos hoy en el fondo del valle, donde se fué aglomerando el caserío desde que la via de Valmaseda á Castro tomó aquella direccion, abandonando las alturas de San Martin, Santa Gadea, la Trave, Tremozal y Saldamando que recorria la antigua Calzada.

Construido ya el campanario de la nueva iglesia, tratóse de bajar las campanas de la antigua y se adoptó el sencillo medio de echarlas á rodar por la suave pendiente de Mendieta que media entre el templo moderno y las ruinas del antiguo.

Entre los muchos forasteros que los dias festivos acudian á Carral á ver la iglesia nueva, llegó el Fuerte de Ocharan en ocasion en que las campanas estaban en el campo contiguo á la iglesia y se disputaba sobre si se habrian *aglayado* (cascado) ó no se habrian *aglayado* algo con los tumbos que habian dado hasta bajar allí.

—Qué te parece á tí, Manuel? preguntaron al Fuerte.

—Lo que me parece, contestó este, es que podemos salir pronto de dudas.

É inclinándose Manuel sucesivamente sobre ambas campanas que no pesarian cada una menos de cuarenta arrobas, las asió del asa, las tocó sacudiéndolas en el aire como quien sacude una esquila, y convenció á los asombrados espectadores de que las campanas no se habian *aglayado*.

La vida de carretero que es inherente á la del labrador vizcaino, porque la yunta de bueyes y el carro son aquí el gran instrumento de la labranza, la vida de carretero proporcionó á Manuel de Haedo muchas ocasiones en que hacer uso de sus titánicas fuerzas. Un dia iba Manuel con su carro de vena á una ferrería de Carranza y al penetrar en una angosta estrada se vió obligado á detenerse, porque unos mulateros de Somorrostro que tambien llevaban vena, habian escojido aquel sitio para descansar ellos y las caballerías á la sombra de los setos de avellanos y endrinos.

Manuel esperó un rato á que las mulas que le impedian el paso siguiesen adelante; pero las mulas, aunque cargadas, se encontraban muy bien paciendo á la sombra en los ribazos de la estrada y los mulateros fumando y conversando despues de haber desocupado el talegnillo de la comida.

—Qué, dijo Manuel á los somorrostranos, vamos á estar aquí todo el dia?

—Lo que es nosotros, maldita la prisa tenemos.

—Pues yo la tengo, que no es cosa de que por vosotros se le desnuque á uno la pareja volviendo de noche á casa por esos despeñaderos.

Los somorrostranos se desentendieron de esta razon y poco despues, perdiendo ya Manuel la paciencia, exclamó:

—Que voy á abrir paso!

—Abrale V.

El Fuerte, arrimó la aijada al yugo de sus bueyes, fué cojiendo por la embragadura á los mulateros y tirándoles por encima del seto á la heredad, hizo la misma operacion con las mulas cargadas de vena y aguijoneando sus bueyes, continuó por la estrada adelante mientras los derrengados somorrostranos y sus mulas se componian como Dios les daba á entender para recobrarse del susto y el quebranto.

Entre Valmaseda y Zalla hay una ferrería que lleva el nombre de Bolúmbum. Supo el Fuerte de Ocharan que daban allí fierro para portearlo á Bilbao y fué allá con su carro.

—Has hecho viaje en balde, Mánu, le dijo el mayordomo de la ferrería.

—Porqué?

—Porque ya no se saca mas fierro de la lonja.

—Por vida de mi suerte! exclamó Manuel. Tengo que ir de todos modos á Bilbao á buscar un carro de sal y me vá V. á dejar ir de vacío despues de haber dado este pícaro rodeo?

—No hay mas remedio, Mánu.

—¿Pero no me dará V. siquiera un brazado de fierro porque no se diga que lleva uno los bueyes holgando?

—Hombre, si te contentas con un brazado, por tan poco no hemos de reñir: entra por él.

Manuel entró en la lonja, y salió con el brazado de fierro; pero el brazado era de siete quintales machos ó sea poco menos de lo que podian llevar sus bueyes.

He dicho que el Fuerte de Ocharan debió la mayor desgracia de su vida á haber querido subir mas arriba de sus layas y poco á poco lo iré probando. Unos pasiegos que pasaban por Ocharan hiciéronle creer que ganaban el oro y el moro contrabandeando y Manuel no pudo resistir la tentacion de probar el fruto vedado. Hizo con ellos una expedicion, pero en lugar de adornarse con las ricas botonaduras de plata que obstentaban los pasiegos, perdió los cortos ahorros que habia sacado de su casa y volvió á esta con odio tal á los pasiegos que durante toda su vida le acompañó.

Dedicóse durante muchos años al cuidado de su labranza y á la crianza de sus hijos y á este período de su vida corresponden sin duda sus triunfos de tirador de barra, en cuyo ejercicio no le pudo vencer ninguno de los grandes tiradores de las provincias vascongadas donde siempre los hubo morrocotudos.

Cuéntase que el Fuerte tenia una hija cuyas fuerzas no hubieran dejado muy atrás á las del padre, si aquella muchacha no hubiese muerto antes de cumplir los veinte años. La fama del Fuerte de Ocharan se habia extendido hasta Navarra, donde habia un jugador de barra á quien nadie habia logrado vencer aquénde ni allende los Pirineos. Noticioso este jugador de que tenia un terrible rival en el Fuerte de Ocharan, tomó la via de Vizcaya para desafiarle.

Una tarde apareció el soberbio Navarro en el nocedal de Ocharan y llamó á la puerta de Manuel de Haedo.

Una muchacha salió á recibirle.

—Vive aquí el Fuerte de Ocharan? preguntó á la muchacha, sonriéndose desdeñosamente al pronunciar la palabra Fuerte.

—Sí, señor; yo soy hija suya.

—Quisiera hablar con él.

—Por hoy no puede ser porque ha ido con vena á Villasuso y no vuelve hasta mañana.

—Pues lo siento muchísimo porque soy aficionado á tirar la barra y quisiera que nos entretuviésemos aquí los dos un rato.

—Yo tiro muy poco en comparacion de mi padre, pero si quiere V. que le haga partido, lo haré solo por complacerle á V.

—Muchacha, exclamó el navarro entre ofendido y compasivo, ¿tú crees que he venido yo desde Navarra para alcanzar la gloria de vencer á mujeres?

—Es que hay mujeres tan fuertes como los hombres, replicó la muchacha picada de la fatuidad del navarro.

—Ea, contestó este, pues vamos á ver si eso es cierto.

—Con qué clase de barra quiere V. jugar?

—Con la que juega tu padre.

—Pues voy á sacarla.

Y asi diciendo, la muchacha apareció en el umbral de la puerta sacando en la mano derecha una barra que pesaba cerca de un quintal.

—Con esta barra, dijo, jugamos mi padre y yo. Allá vá para que tire V. el primero.

Y al decir esto lanzó la barra á mas de cuarenta piés de distancia.

El navarro se santiguó en señal de admiracion y tomó el camino que habia traido, preguntándose probablemente á sí mismo: si esto hacen aquí las sayas, ¿qué no harán las bragas!

A la orilla izquierda del Cadagüa, cerca de Alonsótegui, se ven aun las ruinas de una venta que quedó abandonada y se arruinó cuando despues de la última guerra civil se abrió por la orilla opuesta del rio la carretera que enlaza á las villas de Valmaseda y Bilbao.

La venta del Borto, que con este nombre era aquella conocida, gozó, en el siglo pasado y el primer tercio del presente grandísima celebridad. Los ancianos de toda la ribera de Cadagüa no se cansan nunca de referir sucesos ocurridos en la ventadel Borto, donde por costumbre ó necesidad hacian parada mas ó menos larga cuantos transitaban por aquel solitario valle.

Una tarde de invierno iban de Bilbao el Fuerte de Ocharan y dos vecinos suyos y como la noche cerrase en extremo oscura, fria y lluviosa, determinaron pasarla en la venta del Borto á donde llegaron al anochecer. Para hacer mas llevadera la velada, mandaron sacar un jarro de vino y se pusieron á jugar al mús en una mesilla colocada delante del fuego.

Una hora haria que estaban en este entretenimiento, cuando invadió la venta una porcion de pasiegos haciendo un ruido infernal con sus enormes palos.

Los pasiegos, con la audacia que dá la superioridad numérica y con el deseo de calentarse y secarse, quisieron apoderarse por completo del fuego del hogar; pero el Fuerte y sus compañeros no tuvieron por conveniente cederles su puesto y continuaron jugando, si bien al Fuerte se le volvia veneno el vino que habia bebido, tanto porque hacia tiempo que tenia ojeriza á los pasiegos en general, como porque le indignaba la insolencia con que aquellos pretendieron ser únicos dueños de la cocina.

Disgustados á su vez los pasiegos de que los jugadores no se retiraran, derribaron de un palo al candil que estaba colgado de la campana de la chimenea, y pegaron un puntapié á la mesilla.

El Fuerte y sus compañeros la emprendieron á pescozones con los pasiegos, pero estos como eran muchos y estaban armados de palos, llevaban la mejor parte en la pelea. En vano buscaba Manuel un palo, un banco, una sarten ó cualquier otro objeto que le sirviese de arma defensiva y ofensiva, cuando le ocurrió valerse de una arma sobremanera singular: cojió á un pasiego por las piernas y pasiegazo por aquí, pasiegazo por el otro lado, hizo á sus contrarios huir de la venta, arrojó el arma á la parte de afuera de la puerta, cerró esta y volvió con sus compañeros á la orilla del fuego.

Razon tenia Manuel para odiar á los pasiegos, porque cuando le iniciaron en la vida del contrabandista le hicieron un mal, cuyas fatales consecuencias no se habian de limitar á la pérdida de algunos intereses. El jugador desafortunado pierde y en vez de retirarse del juego, torna á él con mayor obstinacion, esperando el desquite. El contrabandista y el jugador se parecen en esto como un hueso á otro.

El Fuerte de Ocharan determinó volver á contrabandear, no ya, por supuesto, asociado con pasiegos, sino asociado con unos cerveranos que le habian contado maravillas de sus ganancias en la raya de Portugal.

—Mánu, le decia su mujer, no vuelvas por Dios á esa pícara vida que te ha de costar un ojo de la cara!

Pero Mánu desoyó los prudentes consejos de su mujer.

Los guardas establecidos en las orillas del Ebro tenian varias casillas ó garitas de madera para vijilar desde ellas los pasos mas buscados por los contrabandistas. El Fuerte y sus compañeros trataban una noche de pasar el Ebro, y discurrian en vano como burlar la vigilancia de los guardas cuando á Manuel de Haedo le ocurrió un medio, que él creia muy sencillo, para lograrlo. Veamos que medio era este.

Uno de los guardas se retiraba despues de mediodía á su casilla y se echaba á dormir en ella, para despertar á las primeras horas de la noche y estar vijilante durante todo el resto de esta.

Una noche muy oscura cerciorose el Fuerte, por medio de un espía, de que el guarda dormia aun profundamente. En seguida se dirijió á la casilla, tomóla entre sus poderosos brazos y caminando con ella Ebro abajo, la colocó á doscientos pasos de su primitivo sitio, por el que poco despues atravesaban el rio con sus recuas él y sus compañeros seguros de no ser vistos ni oidos como no lo fueron, á pesar de que el paso de rio tan caudaloso era operacion pesada y difícil.

Media hora despues, despertó el guarda, se desperezó, abrió la puertezuela de su garita miró sin ver mas que el ruido del Ebro que corria asi á sus piés. Mirando y escuchando pasó la noche, y cuando al amanecer echó de ver la partida que le habian jugado, su desesperacion no tuvo límites. Calculando sin gran esfuerzo que el bur-

© Biblioteca Nacional de España

lador era el Fuerte de Ocharan, juró que este se los habia de pagar á tuerto ó á derecho.

Viendo Manuel de Haedo que en aquella atrevida empresa habia recobrado los intereses que perdió cuando se asoció con los pasiegos, y obedeciendo á sus instintos pacíficos y honrados, se despidió para siempre del contrabando y se retiró á su casa, dando á Dios gracias de que no se hubiese realizado la siniestra profecía de su mujer de que el contrabando le habia de costar un ojo de la cara.

El guarda burlado por él en las riberas del Ebro no abandonaba sus proyectos de venganza. Buscando al Fuerte en las riberas del Cadagüa, halló una tarde en la ferrería de Jíjano á donde el Fuerte habia ido con un carro de vena, y trató de apoderarse de él; pero el Fuerte le arrancó la carabina, la hizo pedazos y le obligó á tomar por el puente la orilla opuesta del rio so pena de ir por cima de este de un boleo.

Algun tiempo despues de este suceso, se hallaba Manuel de Haedo en la plaza de Valmaseda conversando con un amigo suyo, y sintiendo pasos acelerados á su espalda, volvió la cara y vió al vengativo guarda que se acercaba á él llevando en una mano un cordel y en la otra una pistola de bolsillo. Iba á lanzarse sobre el guarda cuando este le disparó un pistoletazo y le hizo saltar un ojo.

La profecía de su mujer se habia cumplido al fin!

Prendióse al agresor y el teniente corregidor de las Encartaciones tomó cartas en el asunto.

La fuerte naturaleza de Manuel de Haedo triunfó pronto de aquella terrible herida en cuanto era posible que triunfase. Un dia se hallaba Manuel arando cerca de su casa, y al oir las doce en la iglesia de la aldea, desenganchó los bueyes del arado y despues de echarles una buena racion de alolva á la sombra de un cerezo en la cabecera de la heredad, se disponia á ir á casa á comer, cuando apareció por allí un alguacil de la audiencia de Avellaneda que iba de parte del teniente á evacuar una cita relativa á la causa del pistoletazo que aun no habia terminado.

—Diga V., buen hombre, le preguntó el alguacil; ¿dónde vive el Fuerte de Ocharan?

Manuel tomó con la mano derecha el arado por junto á la reja, y levantándole en alto y apuntando con él hácia su casa como quien aparta con una vara, contestó:

—Aquella es su casa.

Dicho se está que el asombrado alguacil no necesitó hacer mas preguntas ni pasar de allí para evacuar la cita.

Dícenme que habiendo contado el alguacil al teniente corregidor este incidente, aquel magistrado hizo que se consignase en los autos al consignar la evacuacion de la diligencia. En vano he buscado los autos en cuestion, que deben haber sido víctimas de la pícara costumbre que existia hace pocos años de enseñar á leer á los niños en los *procesos* archivados en las audiencias y escribanías, de lo que soy buen testigo yo mismo que aprendí á leer en manuscritos que hoy conservaria como un tesoro y entonces convertí en pajaritas y en comelas.

Ya que de manuscritos hablo, debo declarar que de ningun fehaciente he tomado las noticias del Fuerte de Ocharan que recopilo en este capítulo: helas en su mayor parte recojidas de boca del vulgo y como sé lo dado que es este á la exajeracion, me libraré muy bien de asegurar que ninguna hay en ellas.

Puede decirse que el alarde de fuerza que presenció el alguacil de la audiencia de Avellaneda fué el último de los muchos que *ilustraron* la asombrosa vida del Fuerte.

Viéndose Manuel tuerto, viejo, en rápida decadencia física, se fué sumiendo en una profunda tristeza que no bastaban á disipar ni los veinticinco cuartillos de que hablaba la copla consabida, y aquella poderosísima existencia que parecia inquebrantable se extinguió al fin por completo rodeada de los consuelos de la religion y la familia. Y cuando los honrados vecinos de Ocharan bajaron á la fosa de la iglesia de Santiago el cuerpo de Manuel de Haedo, en quien los gusanos se cebaban ya impunemente, el señor cura exclamó:

—Qué ser tan miserable seria el hombre mas fuerte sin el espíritu inmortal que Dios puso en él!

ANTONIO DE TRUEBA.

EL CORREDOR DE PLAYA.

(Continuacion.)

—Y Ko que se ha enterado, ¿cómo le haremos callar, él que goza en contarlo todo á todo el mundo?

—Yo me encargo de él, repuso la tia: poseo un medio infalible para que sea discreto. Bella tendria aun mas imperio sobre él si quisiera darle alguna esperanza... ¿no me escuchais, Bella? El enfermo debe dormir... el mismo médico le ha dado un calmante.

—¡Ah! parecia que habia llamado; é iba á ver.

—Sobrina mia, dejadle tranquilo; ya sabeis lo que nos acaban de decir. Ahora lo que interesa es ponernos de acuerdo á fin de decir todos lo mismo: esto tambien es velar por el enfermo. Además, es preciso pensar en alternar para cuidarle.

—No os ocupeis de eso, tia mia: yo no me he de separar de él en toda la tarde.

—¿Y por la noche, Bella?

—¿Creeis que tendré sueño habiendo á mi lado una persona que sufre?

—No importa: tu tia tiene razon, dijo el anciano. Dios sabe cuántos dias deberá guardar cama el enfermo, y yo no puedo permitir que tú expongas tu salud; aceptamos vuestro auxilio, hermana.

—Pues hé aquí cómo nos arreglaremos: ahora voy á mi casa á lavar un poco de ropa y dejar arreglado el cuarto. Despues vuelvo para que Bella haga otro tanto; por la noche yo velaré hasta las doce, mientras vos dormis.

—No, tia: mejor era que me dejárais velar á mi toda la noche.

—¿Porqué?

—Porque de ese modo me reemplazaríais por la mañana, y yo podria ir á la playa á vender la pesca como de costumbre.

—¡Estás loca! repuso el anciano; ¿despues de no haber dormido en toda la noche?

—No importa, ya sabeis que yo soy fuerte: ¿é iria á resentirme del trabajo cuando se trata de salvar la vida de un hombre? Por otra parte, el médico y las medicinas costarán algo, y ese infeliz no tiene dinero.

—En efecto, el doctor ha rejistrado sus bolsillos para ver si encontraba algun papel que nos indicase su nombre ó su morada, pero en vano; lo único que se le ha encontrado es una cadena de acero pasada al cuello, y en ella como una caja de plata; sin duda es una reliquia. No hemos sabido abrirla.

Bella en aquel momento se sobresaltó mirando á sus dos interlocutores con inquietud y asombro.

—¿Quién me llama? murmuró. Escuchad, ¡me llama! ¡me conoce!

—¡Isabela, Isabela! murmuraba el herido.

La jóven, sin aguardar mas, corrió hácia la escalera; su tia la detuvo exclamando:

—¿Dónde vas, tonta? ese es el nombre de su hermana; la llama con mucha frecuencia en su delirio.

—Dejádmele ver, tia. Yo entraré muy despacio, de puntillas.

Y siguió subiendo con precaucion hasta la puerta en cuyo dintel se detuvo. Despues de contemplar un instante al enfermo, volvióse, y con la alegría pintada en el rostro, exclamó:

—¡Duerme y sonríe!

—Vaya, me marcho; hasta luego, repuso Clara abandonando la cabaña.

—¡Dios os guarde, tia mia!

IV.

Un vientecillo frio soplaba del lado del Norte: el cielo estaba cubierto de nubes, y la mañana fria y desapacible.

Al pié de una elevada montaña de arena, en el sitio donde las dunas tocan ya á la playa, tres mujeres estaban acurrucadas una junto á la otra, como para protejerse mútuamente de la injuria del viento.

Al lado de ellas se veian otras tantas cestas, que vacías, indicaban que aquellas mujeres aguardaban una carga que trasportar.

Silenciosas é inmóviles como estátuas de piedra, tenian la mirada fija en el horizonte que terminaba el mar, interrogando con inquietud una nube negra que parecia salir del fondo de las aguas.

A excepcion del murmullo de las olas, nada turbaba el silencio solemne de aquellos sitios, sino los ecos alegres de un niño y una niña que subian y bajaban la montaña, dejándose resbalar por ella con trasportes de alegría.

Las mujeres parecian no cuidarse de aquellos juegos infantiles ni dar señales de vida hasta que el muchacho, de pié sobre la montaña, exclamó:

—¡Ya viene padre! ¡Ya viene padre!

Las mujeres miraron todas en la direccion que señalaba el niño, y la mas jóven repuso:

—En efecto, ved allí un punto negro delante de la nube. Es su bote; el viento les es contrario, y tardarán aun media hora larga en llegar á la playa.

Dichas estas palabras, recobraron de nuevo su inmovilidad y reinó el silencio entre ellas. Sin embargo, la mas jóven, al cabo de un rato, preguntó, como si continuara el hilo de sus pensamientos, dirijiéndose á una de sus compañeras:

—¿Es verdad que vuestro hijo Huberto vá á casarse con una jóven que no es del país? No ha ido á buscarla poco lejos.

—¿Y qué ha de hacer, Wanna (Juana), cuando no se encuentran muchachas en la comarca?

—¿Y Bella Stock? repuso la tercera mujer.

—Sí, sí, Bella Stock. Hacia mucho tiempo que mi hijo habia puesto los ojos en ella, á pesar nuestro; el pobre trabajaba como un desesperado para reunir un pequeño patrimonio, y él tenia ya redes, bote, y hasta habia rogado á su padre que le ayudase á construir una cabaña; todo esto hacia creer que el muchacho pensaba casarse; por fin nos habló del asunto, y fuimos á pedir á Bella en matrimonio; pero ni ella, ni el viejo Stock, quisieron oir hablar de semejante cosa. Dijeron que Bella debia tardar en casarse aun cuatro ó cinco años, y en vista de esta contestacion, mi Huberto ha echado sus miradas por otro lado, y reemplazará á su padre en calidad de marinero en la misma barca de José Strooms.

—Creo que el padre Stock es algo orgulloso: ya se vé, como posee algo mas que los otros pescadores.

—¿Qué tiene mas que nosotros?

—Toma, la barca pertenece la mitad al padre Stock, y cuando la pesca vá bien, él retira la quinta parte, de modo que si se sacan diez florines, hay siempre dos para el ciego; además los Stocks tienen un asno y una vaca, y todo esto hace que Bella sea orgullosa.

—No creais eso, Wanna, los Stocks son buenos, serviciales... ya sabeis cuánto ha sufrido el pobre ciego con todos sus hijos... de su numerosa familia no le queda mas que Bella, que la quiere con delirio, y en cuanto á la jóven, el cariño que profesa al pobre ciego no deja en su alma lugar á otro afecto.

—¡Pobre Stock! ha tenido en efecto muchos pesares, dijo la jóven; y sobre todo, ¡perder la vista! No es extraño que Bella le quiera tanto, y no se case por evitarle un pesar.

—Así lo dicé al menos: pero mirad, ¿no veis allá abajo, á lo largo de la playa, un bulto negro que corre á orilla del agua? parece un perro negro.

—Vuestros ojos empiezan á debilitarse: si ese es el cuervo de la playa.

—¡Ah! Ko Sael. En efecto, seria extraño que llegase la barca sin hacerse él presente. Ea, tomad vuestras cestas, que ya llega.

Y las tres mujeres se dirijieron á la orilla del mar. Los niños corrian delante de ellas, cantaban y jugaban, siguiendo ó retrocediendo con las olas. El viento era frio: las mujeres recomendaron á los niños no mojarse; pero el muchacho, mas travieso que su compañera, saltaba en el agua haciéndola salpicar hasta su cabeza. De este modo aquella inocente criatura fortificaba su cuerpo luchando contra el viento y el agua, lo que probablemente seria el destino de toda su vida.

La barca sesgaba con rapidez al impulso del viento norte que azotaba uno de sus flancos, cortando las olas con una especie de frenesí, y en breve se balanceó á unos sesenta pasos de la arena.

Era una cosa notable la sangre fria de los pescadores y sus mujeres al volverse á ver. Estas preparaban sus cestas, aquellos recojian velas y clavaban ancla, y únicamente el niño, batiendo las palmas, daba á su padre la bienvenida.

Uno de los pescadores saltó de la barca y caminó entre las olas, con el agua hasta las rodillas, hasta ganar la playa: en su camino encontró al niño que le tendió los brazos, murmurando el nombre de padre. El marinero cojió al niño en sus brazos, y otro pescador, que le habia seguido, hizo otro tanto con la niña, abrazándola con la mayor ternura.

Los marineros así, yendo y viniendo en el mar, descargaron toda la pesca.

—Parece, José, que la pesca no ha sido abundante, dijo entonces el corredor de playa, que se habia aproximado; lo mas, lo mas, hay para tres cestas. Hola, y vienen buenas rayas, abadejos y rodaballos.

—Y hemos vendido ya á los oficiales de una fragata de guerra inglesa, replicó José arreglando el pescado en las cestas.

—¿Y caro, sin duda? Porque los ingleses no conocen el valor del dinero. Cuando se les pide un florin, dan una moneda de oro.

—No, la venta ha sido razonable; pero nos han repartido una botella de excelente ron, que nos hubiera dado ánimo para ir con nuestro bote hasta Islandia.

—¿Habeis ido muy adentro?

—Preciso, en la baja mar no habia nada que pescar. Decid, Ko, ¿sabeis si hay algun contralista en Hooge?

—Esta mañana no habia.

—Entonces tendremos que trasportar el pescado á Furnes. Oye, Juanillo, corre á casa del padre Stock y trae el asno al pié de las dunas.

El niño desapareció entre ellas.

—Ko, ¿qué ocurre por nuestras casas? ¿No hay novedad? preguntó José.

El interrogado le hizo una seña de inteligencia como imponiéndole silencio, y mientras él le miraba con asombro, Ko murmuró:

—Tomad vuestros avíos, José, y venios conmigo; tengo que deciros cosas importantes.

Las mujeres y los pescadores se despidieron de ellos hasta la tarde, hora en que debian reunirse de nuevo para volver al mar, mientras José se alejaba por camino opuesto con el corredor de playa.

—¿Qué teneis que decirme Ko? repuso José con aspereza. Vos nunca anunciais nada bueno: ¿se ha puesto mala la tia Clara?

Entonces Ko refirió con todos los detalles la aventura del jóven herido, esforzándose en convencer á su compañero de que Bella habia cometido una imprudencia introduciendo á un extranjero moribundo en su casa.

—¿Y nadie sabe quién es?

—Nadie, es decir, yo creo que lo sé: he hablado esta mañana con Juan Zwnarts, que me ha contado una terrible lucha sostenida entre contrabandistas y gendarmes franceses. Ya sabeis que hace algun tiempo una partida de contrabandistas vaga por estos alrededores al mando de un jóven llamado Bosaeg; pues bien, yo estoy seguro de que ese extranjero es Bosaeg mismo, y como veis, no tiene nada de extraño que un hombre así tenga miedo al cadalso.

—Cierto; pero ¿cómo se explica entonces que no lleve ni una moneda consigo? segun vos decís, mas que ladron parece un hombre acometido por ladrones.

—No tal, los gendarmes han creido que estaba muerto, y le han llevado el dinero; lo que se encuentra sobre un cadáver es del primero que lo coje.

—La ley dice lo contrario.

—Es una invencion.

—Despachaos, Ko, estoy impaciente por saber en lo que para ese asunto: decís que el herido morirá.

—Sin duda, su cabeza está abierta por dos ó tres partes. Ha perdido mucha sangre, y tiene una fiebre terrible.

© Biblioteca Nacional de España

—¿Le habeis visto despues, segun eso?

—No; pero la tia Clara vino á buscarme ayer al mediodía para rogarme que no dijera nada de lo ocurrido; el doctor ha sido el primero en encargar el secreto... yo no sé qué temia. ¿Sabrán quizás que tienen al contrabandista en casa? en fin, es igual, yo no he de hablar de este asunto á nadie mas que á vos.

Y hablando así, llegaron por entre las dunas á un sitio en que atravesaba el camino otro sendero.

—No venis conmigo á casa del padre Stock? preguntó el pescador á Ko, que se detuvo en aquel sitio.

—No, voy antes á recorrer la playa de Coxyde; despues volveré á saber como vá; adios.

Y despues de haberse alejado algunos pasos, se detuvo para exclamar:

—¡Eh! José, no dejeis de ver qué lleva al cuello el herido: debe ser un reló de oro, sin duda.

(*Se continuará.*)

BIBLIOGRAFIA.

FABULAS ASCETICAS EN VERSO CASTELLANO Y EN VARIEDAD DE METROS, POR EL P. D. CAYETANO FERNANDEZ, DE LA CONGREGACION DEL ORATORIO Y DE LA REAL ACADEMIA SEVILLANA DE BUENAS LETRAS.

Acaba de publicarse en Sevilla este precioso libro, que une á la novedad del pensamiento una notable belleza en las formas. Llamámosle nuevo, porque á nuestra noticia por lo menos no ha llegado que otro escritor alguno haya emprendido, antes que el P. Fernandez, tratar los asuntos religiosos bajo la forma de fábulas puestas al alcance de todos, y cuyo fin moral, fácil de penetrar, pueda quedar grabado en el ánimo para servir como de regla de conducta.

Verdad es que Jesucristo, nuestro divino maestro, espuso en inmortales parábolas su santa doctrina, pero ni las parábolas son completamente fábulas, ni aquellas podian ser las bastantes para presentar el desarrollo completo de la práctica cristiana, toda vez que el Salvador se proponia solo echar los cimientos del edificio de su Iglesia, es decir, enseñar las cosas que el mundo no conocia entonces.

El mismo autor nos explica los motivos que le han inducido á escribir estas fábulas, y con una modestia muy poco comun, nos manifiesta que no pretende en manera alguna la honra de esta novedad. «La invencion, dice, no es mia, nó, sino del tiempo en que vivimos, ó mas del cotidiano estudio de sus necesidades. Una generacion, en su gran parte, ligera, frivola, engreida ó codiciosa, no es muy de esperar que acuda á alimentar cristianamente su espíritu en las grandes obras de los ascéticos, y eso que los nuestros son los mejores del mundo. Era pues necesario hallar un ardid y ofrecer el medio ingenioso de llevar á ciertos entendimientos y hacer sentir á ciertos corazones las máximas eternas y las inspiraciones cristianas; y que la píldora de la verdad, casi siempre amarga, pasase así á producir sus efectos, deleitando, ó por lo menos, sin haber incomodado antes en el paladar.»

En efecto, el estudio de la sociedad de hoy, de la sociedad de todas las épocas, el conocimiento del corazon humano, nos fuerzan á pensar de este modo. Un tratado de moral, como todo tratado didáctico relativo á materias graves, ofrece siempre, por bien escrito que esté, cierto grado de aridez, cierta falta de amenidad, á que solo se resignan las personas que se ven forzadas por deber escolástico á emprender semejantes estudios, y en el que solo llegan á complacerse las que han conseguido penetrar, por decirlo así, en el santuario de la ciencia. Pero estas personas son las menos; la inmensa mayoría ha menester que los resultados prácticos de la ciencia se le suministren bajo formas agradables, fáciles y sencillas, que las máximas puedan quedar grabadas en la memoria sin dificultad, en una palabra, que se aprendan sin tener el trabajo de estudiarlas. De esta manera es como pueden hacer una impresion profunda y durable, porque principian por cautivar el interés.

Por eso la fábula, en sus varias especies, ha tenido, desde la antigüedad mas remota, el privilegio de llevarse tras sí á los lectores; por eso se han aplicado sucesivamente á la moral, á la literatura, á la política, siempre con excelente éxito, y por eso las fábulas de nuestro Iriarte han hecho á la literatura mejor servicio quizá que todos los tratados escritos acerca de este arte; porque ellas forman un curso completo de reglas, que presentadas con su carácter dogmático habrian sido leidas tan solo de los aficionados, cuando en la forma en que se hallan andan en manos de todo el mundo y todo el mundo las sabe de memoria.

De lo dicho es fácil ya deducir la alta importancia que damos á las Fábulas Ascéticas del P. Fernandez. Todas las virtudes que parten de su único verdadero origen, de la religion cristiana, vienen allí á presentarse bajo el ingenioso velo de la alegoría, y con todo el aliciente de una versificacion fluida y de un estilo fácil y correcto. No hay nadie que no lea con placer este libro, y, lo que es mejor aun, pocos, muy pocos serán los que despues de haberlo leido dejen de sacar de él un excelente fruto.

Respecto á lo que vale esta obra por su esencia, no es posible que quepa en nadie duda; pero para probar su valor como produccion literaria, nos parece conveniente el trasladar aquí algunas de las fábulas que contiene, y cuya lectura esperamos justifique plenamente las alabanzas que le tributamos en otra parte de este artículo.

FÁBULA XVIII.

LA LENGUA Y LA ESPADA.

Multi ceciderunt in ore gladii, sed non sic quasi qui interierunt per linguam.

Eccl. XXVIII, 22.

Una lengua y una espada,
Fué el caso, cayeron presas,
Aquella por viperina,
Estotra por pendenciera.
Y al verse en la cárcel juntas,
Formando otros presos rueda,
Despues de amables saludos,
Se hablaron de esta manera:
—«¿Qué has hecho tú, peleona?
Dijo á la espada la lengua.
—«He dado unas cuchilladas,
Repuso vibrando aquella:
Además, en guerra injusta
He fulminado sangrienta;
Y al cabo, como soy fuerte,
He cometido violencias.
—«¿Y por esas niñerías,
Responde la otra, te pescan?
¡Vaya, vaya! no te apures;
Escucha y verás lindezas:
Yo profiero cada dia
Por millares las blasfemias,
Voto mas que un carretero,
Miento mas que una gaceta.
Juro en falso, y por mi dicho
A mas de un pobre trompeta
Hicieron morir bailando,
Se entiende, bajo una cuerda.
Murmurar es mi delicia,
La calumnia, mi sistema,
No dejando honor seguro
Ni en casada ni en doncella.
Desuno los matrimonios,
Rompo amistades eternas,
Y atizando la discordia,
Destruyo la paz doméstica.
Y es lo peor de mis gracias
(Aunque todas son perversas)
Que los daños que ocasiono
Tarde ó nunca se remedian.
Adulo á los poderosos,
Trato al pobre a la vaqueta,
Y arruino las familias
Con fraude, estafas y afrentas.
Divido á los ciudadanos
Con mis programas y arengas,
Y al pueblo siempre alboroto
Con patrañas y quimeras.
Y turbo la paz del orbe
Con mil intrigas funestas,
Y entre naciones y reyes
Gozo avivando la guerra.
Y por fin, si no atajaran
El furor que me envenena,
Cenizas hiciera el orbe
Con mis ardientes saetas.»
—«Cielo santo! exclaman todos
Los nenes de la caterva;
Y santiguándose muchos,
Sentaron por cosa cierta:
Que la Espada es una monja
En faz de su compañera;
Pues no hay pecados peores
Que los pecados de lengua.

FÁBULA XXI.

EL LORO Y EL GRILLO.

Orantes omni tempore in spiritu.

Eph. VI, 18.

Erase un loro maldito
Que se gloriaba de santo,
Porque siempre era su canto
El Santo-Dios y el Bendito.
—«Calle el necio, y no eche plantas!
(Dijo un Grillo). No te alabes;
Pues si cantas lo que sabes,
Nunca sabes lo que cantas.»
Y tuvo razon el bicho!
Pues sus tiros se enderezan
A esos que rezan y rezan
Sin saber lo que se han dicho.
Pues la cristiana oracion
Jamás se remonta al cielo,
Si no le prestan su vuelo
La mente y el corazon.

Estas cortas muestras bastan ciertamente á dar una idea, así del carácter del libro, como de su mérito literario.

Felicitamos por él cordialmente á su autor, deseando que sus Fábulas se hallen en manos de todos para singular provecho de sus almas. Obras de esta especie son las que pueden depurar á la sociedad de hoy, ya que por tantos conceptos se trabaja por infiltrar en sus venas todos los pestilentes principios de la mas asquerosa inmoralidad y de la corrupcion mas profunda.

FRANCISCO FLORES ARENAS.

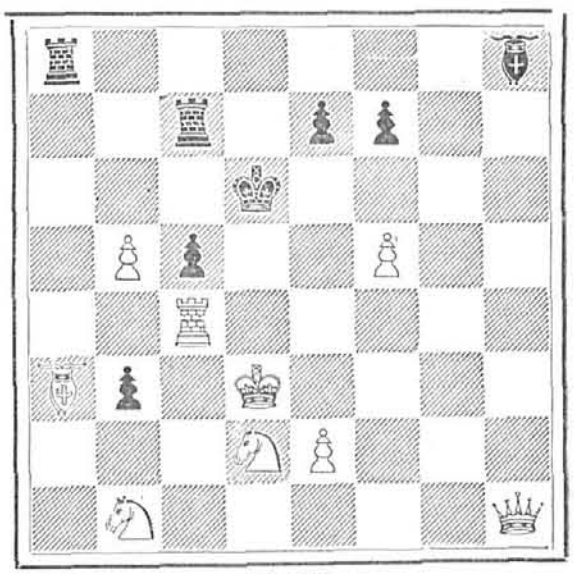
PROBLEMAS DE AJEDREZ.

SOLUCION AL PROBLEMA N.º 16.

Blancas.	*Negras.*
1.ª Cab. 4.ª A.R.ª	P. 2.ª R.ª un paso. (la mejor.)
2.ª T. quita A.	R. quita T. ó cualquiera
3.ª T. ó R.ª mate.	otra jugada.

PROBLEMA N.º 18, POR M. DE ZAMORA (DE ALMERIA).

NEGRAS.



BLANCAS.

Juegan las blancas y dan mate en 4 jugadas.

Explicacion del figurin iluminado.

TRAGE DE TAFETAN AZUL.—Lo bajo de la enagua se guarnece con un volante de pliegues muy anchos, en el centro de cada uno de los cuales se encuentra un arabesco hecho con trencilla negra; en el borde de la enagua, encimà del volante, vá una orla de arabescos del mismo estilo que los del volante. Corpiño montante, liso, abotonado, sobresaliendo un poco por las caderas, y formando por detrás unos faldones largos y cuadrados. Sombrero de crin blanco y negro, adornado con plumas azules.

TRAGE DE FULARD COLOR LEONADO, CON RAYITAS DE PUNTO MAS OSCURO QUE EL FONDO.—El borde se guarnece con un volante encañonado de tafetan verde, y sobre él un escarolado del mismo tafetan; de trecho en trecho se encuentra un lazo bastante ancho de tafetan verde, orlado por un escarolado estrecho; un lazo semejante termina cada faltriquera; corpiño con tres faldoncillos cuadrados por detrás, guarnecidos de escarolado y fleco verde; otro ancho lazo verde figura la hombrera; la manga es estrecha y lleva tambien guarnicion de escarolado. Sombrero de paja blanca, adornado con cintas verdes y cerezas. Sombrilla verde, forrada de tafetan blanco, y guarnecida de escarolado verde.

EDITOR RESPONSABLE: D. FELIX PRICHARD.

CADIZ. 1864.—IMP. Y LITOGRAFIA DE LA REVISTA MÉDICA, Bomba, n. 1.

© Biblioteca Nacional de España

n.º 2.º

Leroy Imp. Paris

LA MODA ELEGANTE ILUSTRADA

56, Rue Jacob, Paris

© Biblioteca Nacional de España